C.- EL ESCEPTICISMO

No entraremos en un estudio del escepticismo (1) señalaremos solamente su presencia. No se trata en efecto de una actitud frente al Problema Crítico del Conocimiento que aquí nos interesa, sino de la negación de la posibilidad de toda certidumbre y por consecuencia del conocimiento. Conviene sin embargo distinguir el escepticismo como actitud del espíritu y el escepticismo como sistema.

Como actitud del espíritu, el escepticismo es perfectamente legítimo. Consiste en suspender el juicio ( ) tanto tiempo como una evidencia apodíctica no se deje captar, aceptando el riesgo de que esta suspensión sea definitiva, si finalmente no encontramos tal evidencia. Esto es la actitud, como lo veremos, de un Descartes, de un Husserl.

Como sistema el escepticismo es insostenible. Pretende que esta evidencia no puede encontrarse. Es posible que mantenga indefinidamente mi , que suspenda definitivamente mi juicio porque, de hecho, no he descubierto ninguna certidumbre. Muy diferente es la pretensión que deba suspender definitivamente mi juicio porque, de derecho, esta certidumbre no se puede descubrir. Husserl subrayará lo absurdo de este escepticismo sistemático: "el escepticismo implica la imposibilidad de cualquier tésis. inclusive la suya. No hay verdad, es equivalente de: es verdad que no hay verdad".

(1) Consultar la obra de Victor Brochard: "Los escepticos Griegos"

El escepticismo reviste y ha revestido muchas formas y presenta grados diversos, desde Pirro nacido en Elis como en 365 A. J. hasta Paul Valery, pasando por todos los desahuciados ha abarcado sucesivamente o en el mismo tiempo, los datos de los sentidos, las ideas, la existencia de las cosas, la del Yo, Dios y el destino humano, los valores, el bien, el ideal, etc.

Se trata aquí del conocimiento, es pues como actitud frente al conocimiento que lo consideraremos brevemente, exponiendo la argumentación esencial de los escépticos griegos que no fué fundamentalmente modificada por el escepticismo moderno. Las proporciones y el fin de este trabajo no permiten examinar (lo que no faltaría de interés) cuál mentalidad, cuáles estructuras sociales, qué momento de la evolución de una civilización son particularmente propicios a la eclosión y al desarrollo del escepticismo, actitud epistemológica que más que ninguna otra contiene un elemento muy fuerte de afectividad (decepciones, disgustos, tedio, satisfacción al contrario que mantiene una vida burguesa y que impide, tal vez como auto-defensa, la adhesión a un Absoluto que obligaría a cambios profundos en nuestra existencia, etc.).

METRODOSO DE CHIOS, discípulo de Demócrito, ya decía: "No podemos saber nada, ni siquiera si sabemos algo o nada". Arístocles, resumiendo la doctrina de Pirro, parece menos radical: Ninguna certidumbre fuera de la apariencia; en consecuencia, suspensión del juicio en el plano del conocimiento y en el plano moral, ataraxia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

107726

Esta fórmula misma pareció demasiado afirmativa a Sextus Empiricus que la reemplazó por la interrogativa:

La duda de PIRRO no se dirige, según parece, a los fenómenos ( ) sino a las cosas escondidas ( ). No expresa tampoco una duda sobre su propio pensamiento. Notemos que, al contrario de lo que es admitido comunmente, Cicerón, en las Académicas, no clasifica a Pirro entre los escépticos, mientras que señala gérmenes de escepticismo en Parménides, Zenón, Platón (1). Face de Pirro un estoico.

No exigir más que los datos del sentido común, tal fué el punto de partida del escepticismo que -oh ironía- las generaciones siguientes rehusaron en nombre del mismo sentido común Pirro reacciona contra la dialéctica capciosa de sus contemporáneos, mientras Arcesillas -otra ironía- hará de la dialéctica el arma del escepticismo. Mucho más tarde solamente la fórmula del pirroismo se volverá: ¿Qué se yo?. Para Pirro mismo no parece haber sido: ¿Qué se yo? Sino: Todo me es igual, estoicismo como línea de conducta, mucho más que escepticismo como actitud epistemológica.

Según Cicerón, sería ARCESILLAS -y no Pirro como lo pretende Diógenes Laercio- quien habría introducido la , la suspensión del juicio. Es el primero en todo caso el que le hubo conferido un valor teórico, apoyado en la argumentación: Nunca hallamos las cosas tales como son; lo más sabio es no dar nuestra adhesión a nada, etc.

(1) Sañalamos otra vez la notable obra, básica para un estudio de los escépticos griegos: "Los Escépticos Griegos" de Victor Brochard.

CARNEADES sostiene también que no existe criterio alguno de la verdad: no hay ninguna diferencia especifica entre una representación cierta y una representación falsa. Lo más sabio es rebajar nuestras exigencias de certidumbre imposible y creer -puesto que una creencia es necesaria- en lo más probable. Ni la finalidad, ni las pruebas de la existencia de los dioses, ni la adivinación son admisibles. En lo que se refiere a la naturaleza misma, ofrece el más irracional de los espectáculos. Carneades parece haber sido profundamente turbado por lo que llamamos el "problema del mal", de un mal incompatible con una providencia racional: hubiera sido mejor no dar la razón ni la libertad a los hombres que habrían de abusar de ello hasta este punto. En cuanto a la divinidad, ¿Cómo poder afirmar de ella algo? No se le puede atribuir el Valor, puesto que, como virtud, supone la exposición al dolor, la posibilidad de padecer; tampoco se le puede atribuir la Sabiduría que supone una abscuridad que disipa uno. Los estoicos afirmaban que la virtud es el único bien, el vicio el único mal; lo demás indiferente. Por otra parte concebían la virtud como una conformidad con la Naturaleza. ¿Cómo entonces ventajas conformes a la Naturaleza como la salubridad son indiferentes? Se pregunta Carneades. El Bien, para estos mismos escepticos, consiste en una elección razonable entre varias ventajas naturales. Pero una elección supone un fin. ¿Qué será éste? Para razonar bien, por ejemplo hay que conocer el fin, que es razonar bien; no salimos. Puesto que hay que actuar, actuemos pero sin esperar otro criterio que el de cierta cohesión entre nuestros actos.

AENESIDEMO de Gnosos resumió en diez proposiciones (
) la argumentación en la cual se apoya el escepticismo en general. Son primero los diez argumentos en contra de toda posibilidad de certidumbre del conocimiento sensible, luego una crítica de la Razón. No expondremos aquellos argumentos; nos contentaremos con enumerarlos, remitiendo al lector a la obra de Victor Prochard ya citada:

Estos argumentos han sido sacados 1o. de la diferencia entre animales y hombres; 2o. de la diferencia entre los hombres; 3o. de la diferencia entre los datos de nuestros distintos sentidos; 4o. de la influencia de las circunstancias; 5o. de la influencia de las distancias según las cuales los mismos objetos son grandes o pequeños; 6o. de la influencia de las mezclas en donde no se vuelve a encontrar las cualidades de los componentes; 7o. de la influencia de las cantidades que hacen al agua transparente o coloreada; 8o. de la influencia de la relación (un medio es claro u obscuro según que vengamos de la claridad o de la oscuridad; un alimento es dulce o amargo según nuestro estado de salud); 9o. de la rareza o de la frecuencia que hacen que nos asombremos del paso de un cometa y no de la presencia del sol; 10o. de las costumbres y opiniones.

A esta argumentación contra los sentidos se añade una crítica de la Razón. La idea de causa es una idea confusa. ¿Dónde encontrar una verdadera causa? ¿Será entre las cosas invisibles, como lo quería Epicuo? Pero, ¿Cómo lo invisible y lo

inmutable engendrarían lo visible y lo cambiante? ¿Será entre las cosas visibles? ¿Cómo entonces un cuerpo puede engendrar a otro distinto de él o su energía salir de él para pasar a otro ser? (1).

La razón no quiere dar su adhesión sino a proposiciones demostradas, comprobadas. Pero no hay pruebas; no hay sino "signos", objetos de interpretación siempre dudosa. El hombre es un ser consagrado a la duda.

Pero aquí se cierra el círculo; el escepticismo se devora a sí mismo. Aenesidemo experimentó la necesidad de fundar metafísicamente su duda; era destruirla, cualquiera que fuese la fundamentación invocada (aquí el heracliteísmo). Después de haber dudado tanto, quiso saber porqué dudaba; el fluir heracliteano le proporcionaba esta razón de duda: lo adoptó, pero aquí se acabó el escepticismo que no puede recibir ningún fundamento por la razón esencial de que, como lo notará Fusserl, es su esencia misma de ser infundamentable, el autodevorarse.

(1) Notemos que Aenesidemo capta aquí el fondo del problema de la causalidad.